

# Educación y disciplina

<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/utopia/html/russe11.htm>

Toda teoría pedagógica seria debe constar de dos partes: un concepto de los fines de la vida y una ciencia de la dinámica psicológica; esto es, de las leyes que rigen los cambios mentales. Dos personas que disientan en cuanto a los fines de la vida no pueden esperar llegar a un acuerdo en cuanto a la educación. La maquinaria educacional, en toda la civilización occidental, está dominada por dos teorías éticas: la del cristianismo y la del nacionalismo. Y estas dos, cuando se consideran seriamente, son incompatibles, como se está haciendo evidente en Alemania. Por mi parte, sostengo que, donde difieren, es preferible el cristianismo, pero, donde coinciden, las dos están equivocadas. El concepto que yo sugeriría como propósito de la educación es el de civilización, un término que, como yo lo concibo, tiene una definición en parte individual y en parte social. Consiste, en el individuo, en cualidades tanto intelectuales como morales: intelectualmente, un cierto mínimo de conocimientos generales, capacidad técnica en la propia profesión y el hábito de opinar fundándose en la evidencia; moralmente, imparcialidad, amabilidad y algún dominio de sí mismo. Añadiría una cualidad que no es moral ni intelectual, sino quizá fisiológica: el entusiasmo y la alegría de vivir. En las comunidades, la civilización exige respeto por la ley, justicia entre los hombres, propósitos que no supongan un daño permanente para cualquier porción de la especie humana y adaptación inteligente de los medios a los fines.

Si éstos han de ser los propósitos de la educación, corresponde a la ciencia psicológica considerar la cuestión de lo que se puede hacer para alcanzarlos, y, en particular, qué grado de libertad es el más indicado para hacerlos efectivos.

Sobre el problema de la libertad en la educación existen actualmente tres principales escuelas, que se derivan en parte de las diferencias en cuanto a los fines y en parte de las diferencias en cuanto a las teorías psicológicas. Hay quienes dicen que los niños deberían ser completamente libres, por muy malos que pudieran ser; hay quienes dicen que deberían estar sometidos por completo a la autoridad, por muy buenos que sean; y hay quienes dicen que deberían ser libres, pero que, a pesar de la libertad, habrían de ser siempre buenos. Esta última escuela es mayor de lo que, en buena lógica, tendría derecho a ser; como los adultos, no todos los niños serán buenos si todos son libres. La convicción de que la libertad asegurará la perfección moral es una reliquia del rousseauianismo, y no sobreviviría a un estudio de los animales y de los bebés. Quienes sostienen esta creencia piensan que la educación no debería tener propósito positivo alguno, sino limitarse a ofrecer un ambiente adecuado para el desarrollo espontáneo. No puedo estar de acuerdo con esta escuela, que me parece excesivamente individualista e indebidamente indiferente con respecto a la importancia del conocimiento. Vivimos en comunidades que exigen la cooperación, y sería utópico

esperar que toda la cooperación necesaria resultara de impulsos espontáneos. La existencia de una gran población en un área limitada sólo es posible merced a la ciencia y a la técnica; la educación debe, por tanto, transmitir el mínimo necesario de éstas. Los educadores que conceden más libertad son hombres cuyo éxito depende de un grado de benevolencia, dominio de sí mismo e inteligencia entrenada que difícilmente puede generarse donde todos los impulsos se liberen sin restricción; no es probable, por tanto, que sus méritos perduren, si sus métodos no pierden pureza. La educación, considerada desde un punto de vista social, debe ser algo más positivo que una mera oportunidad de desarrollo. Desde luego, ha de proporcionarla, pero ha de proporcionar, además, un bagaje mental y moral que los niños no pueden adquirir enteramente por sí mismos.

Los argumentos en favor de un alto grado de libertad en la educación no se derivan de la natural bondad del hombre, sino de los efectos de la autoridad, tanto sobre los que la sufren como sobre los que la ejercen. Los que están sujetos a la autoridad se hacen o sumisos o rebeldes, y ambas actitudes tienen sus desventajas.

Los sumisos pierden iniciativa, tanto de pensamiento como de acción; además, el odio generado por la sensación de frustración tiende a encontrar una salida en la mortificación de los más débiles. Es por ello que las instituciones tiránicas se perpetúan: lo que un hombre sufre de su padre, se lo hace sufrir a su hijo, y las humillaciones que recuerda haber padecido en la escuela pública las transfiere a los "nativos" cuando se convierte en un constructor de imperios. Así, una educación indebidamente autoritaria hace de los alumnos tímidos tiranos, incapaces tanto de buscar como de tolerar originalidad en las palabras y en los hechos. El efecto sobre los educadores es todavía peor: tienden a convertirse en ordenancistas sádicos, satisfechos de inspirar terror y contentos de no inspirar nada más. Como estos hombres representan el conocimiento, los alumnos adquieren un horror al conocimiento que, según creen los ingleses de clase alta, forma parte de la naturaleza humana, pero que en realidad forma parte de la perfectamente justificada aversión al pedagogo autoritario.

Los rebeldes, por otra parte, aunque puedan ser necesarios, difícilmente puedan ser justos con lo existente. Por otra parte, hay muchas maneras de rebelarse y sólo un reducido número de ellas es sabio. Galileo fue un rebelde y fue sabio; los que creen en la teoría de que la tierra es plana son igualmente rebeldes, pero son unos ignorantes. Hay un gran peligro en la tendencia a suponer que la oposición a la autoridad es esencialmente meritoria y que las opiniones no convencionales tienen que ser correctas; no se sirve a ningún propósito útil rompiendo faroles o sosteniendo que Shakespeare no es poeta. Y, sin embargo, esta rebeldía excesiva suele ser el efecto que un exceso de autoridad produce sobre los niños sensibles. Y cuando los rebeldes llegan a ser educadores, muchas veces alientan la rebeldía en sus alumnos, para los que, al mismo tiempo, tratan de formar un ambiente perfecto, aunque estos dos fines sean escasamente compatibles.

Lo deseable no es la sumisión ni la rebeldía, sino la afabilidad y, en general, la buena disposición, tanto para con las personas como para con las nuevas ideas. Estas cualidades se deben, en parte, a causas físicas, a las que los educadores de otros tiempos prestaban escasa atención; pero se deben en mayor grado a la ausencia del sentimiento de defraudada impotencia que surge cuando los impulsos vitales se frustran. Para que los jóvenes lleguen a ser adultos amables, es necesario, en la mayor parte de los casos, que se sientan en un ambiente amable. Ello requiere cierta comprensión hacia los deseos importantes del niño, y no simplemente la tentativa de utilizarlo para alguna finalidad abstracta como la gloria de Dios o la grandeza de la patria. Y al enseñar ha de intentarse todo para suscitar en el alumno el sentimiento de que merece la pena saber lo que se le enseña -al menos cuando ello es cierto-. Cuando el alumno coopera de buen grado, aprende dos veces más de prisa y con la mitad de fatiga. Todas estas razones abogan por un grado muy alto de libertad.

Es fácil, sin embargo, llevar el argumento demasiado lejos. No es deseable que los niños, por evitar los vicios del esclavo, adquieran los del aristócrata. La consideración hacia los demás, no solamente es asunto de importancia, sino también, en las pequeñas cosas de cada día, es un elemento esencial de civilización, sin el cual la vida social sería intolerable. No me refiero a las meras fórmulas de cortesía, tales como decir "por favor" o "gracias"; las buenas maneras están mucho más completamente desarrolladas entre los bárbaros y pierden entidad con cada avance de la cultura. Me refiero, por el contrario, a la buena disposición para realizar una parte justa del trabajo necesario, para ser servicial en cosas menudas que, en definitiva, evitan dificultades. La sensatez, en sí misma, es una forma de cortesía, y no es bueno crear en los niños un sentimiento de omnipotencia o la convicción de que los adultos existen únicamente para proporcionar satisfacciones a los más jóvenes. Y los que desapruaban la existencia de los ricos ociosos, son escasamente consecuentes si educan a sus hijos sin el sentido de la necesidad del trabajo y sin los hábitos que hacen posible la constancia.

Hay otra consideración a la que conceden escasa importancia algunos defensores de la libertad. En una comunidad de niños en la que no intervienen los adultos surge la tiranía del más fuerte, que puede llegar a ser mucho más brutal que la tiranía de la mayoría de los adultos. Si dejamos jugar juntos a dos niños de dos o tres años, descubrirán, tras algunas peleas, cuál de los dos tiene que ser el vencedor, y el otro se convertirá en esclavo. Donde el número de niños es mayor, uno o dos de ellos llegan a adquirir absoluto predominio, y los otros tienen mucha menos libertad de la que tendrían si los adultos intervinieran para proteger a los más débiles y menos pendencieros. La consideración hacia los demás no surge espontáneamente en la mayor parte de los niños, sino que ha de ser inculcada, y difícilmente podrá inculcarse sin el ejercicio de la autoridad. Éste es, quizá, el argumento más importante contra la abdicación de los adultos.

No creo que los educadores hayan resuelto aún el problema de combinar las formas deseables de libertad con el mínimo imprescindible de educación moral. La solución apropiada, hay que admitirlo,

muchas veces resulta imposible por obra de los mismos padres antes de que los niños ingresen en una escuela bien orientada. Así como los psicoanalistas, a partir de sus experiencias clínicas, concluyen que todos estamos locos, las autoridades en las escuelas modernas, como resultado de su contacto con alumnos cuyos padres los han hecho ingobernables, están dispuestos a concluir que todos los niños son "difíciles" y todos los padres absolutamente necios. Los niños a los que la tiranía de sus padres -que muchas veces toma la forma de un solícito afecto- ha hecho cerriles, suelen requerir un período, más largo o más corto, de completa libertad antes de poder ver sin recelo a un adulto. Pero los niños que han sido tratados con sensibilidad en su hogar pueden soportar la vigilancia en cuestiones menores, mientras tengan la sensación de que se les ayuda en cuestiones que ellos consideran importantes. Los adultos a los que les gustan los niños, y no se ven reducidos a un estado de agotamiento nervioso por su compañía, pueden conseguir mucho en el terreno de la disciplina, sin que sus alumnos dejen de experimentar hacia ellos sentimientos amistosos.

Creo que los modernos teóricos de la educación se inclinan a conceder demasiada importancia a la virtud negativa de no interferir entre los niños, y muy escasa al positivo mérito de disfrutar de su compañía. Si se siente hacia los niños el tipo de afecto que muchos sienten hacia los caballos o los perros, los niños tenderán a responder a propuestas y a aceptar prohibiciones, quizá con cierto jovial refunfuño, pero sin resentimiento. No sirve de nada el afecto que lleva a considerarlos como un terreno en el que hacer fructificar una valiosa conducta social o -lo que viene a ser lo mismo- una salida para los impulsos de mando. Ningún niño agradecerá un interés por su persona que parta de la idea de que va a tener un voto que ha de asegurarse para determinado partido, o un cuerpo que ha de sacrificarse por la patria. La clase de interés que resulta deseable es aquella que consiste en un gusto espontáneo por la presencia de los niños, sin propósitos ulteriores. Los maestros que tienen esta cualidad, rara vez han de coartar la libertad de los niños, pero podrán hacerlo, cuando sea necesario, sin causar daños psicológicos.

Desgraciadamente, es completamente imposible, para maestros sobrecargados de trabajo, mantener una afición instintiva por los niños; lo más probable es que experimenten hacia ellos un sentimiento parecido al del proverbial aprendiz de confitero hacia los almendrados. No creo que la educación deba ser la profesión exclusiva de nadie. Debería ser practicada, durante dos horas al día, todo lo más, por personas que pasaran alejadas de los niños el resto de su tiempo. La compañía de los niños es fatigante, especialmente cuando se evita una estricta disciplina. La fatiga, finalmente, produce irritación, que probablemente deba expresarse de algún modo, cualesquiera sean las teorías que el acosado maestro o la acosada maestra hayan podido adoptar. La necesaria ternura no se puede preservar por el único medio de la autodisciplina. Pero, donde existe, debiera ser innecesario imponerse de antemano reglas con respecto al trato que ha de darse a los niños "perversos", ya que es probable que aquel impulso conduzca a la solución acertada, y casi cualquier

decisión será correcta si el niño percibe que se lo quiere. Ninguna regla, por sabia que sea, puede sustituir el afecto y la delicadeza.